

La Lectura Popular



PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

LA HORCA MILAGROSA

I.

Era Arnaldo de Armengol descendiente de los condes de Urgel y Barcelona, y distinguíase por su prodigioso valor, al par que por las grandes virtudes de su alma.

Unido con una mujer también piadosa, habíales dado el cielo un hijo, al que desde los primeros años de su vida habían inclinado por el camino del bien.

Y sin embargo, aquel niño que era la alegría de sus padres y la más dulce esperanza de su vida, contaminado por el ejemplo de malos criados y más tarde por las malas compañías, en vez de escuchar los consejos de sus padres, y practicar las virtudes que continuamente le enseñaban, llegó á pervertirse de tal modo que, formando parte de la juventud más licenciosa, empleaba el tiempo en placeres de esos que dejan la vergüenza en la frente y el veneno en el corazón.

Creyendo Arnaldo que la bondad produciría en su hijo más efecto que la severidad, dejó correr el tiempo; pero al ver que cada día se hacía más perverso resolvió reprimir con energía su mala conducta.

Llamóle á su presencia, y díjole:

—¿Dónde veis el ejemplo que os mueve á practicar una vida tan desordenada? ¿Por ventura han podido borrarse de vuestro corazón las santas máximas que grabé en él con cariñosa solicitud? ¿Creeis que es ese el modo de cumplir con los deberes que os impone vuestro nacimiento? ¿Creeis que así se sirve á Dios?

—Padre, repuso Pedro con gran desenvoltura, es necesario dar á cada edad lo suyo: yo no falté á mis deberes ni dejé de servir á Dios por gozar de los bienes que debo á la fortuna. ¿Por ventura es un crimen disfrutar de la vida?

—A vuestra edad, añadió el venerable Arnaldo, más que perder el tiempo en satisfacer bajas pasiones, es de nobles pechos emplear los dones de la juventud en vestir la cota, empuñar las armas y

salir en busca de los enemigos de la religión á combatir con ellos brazo á brazo y hacer triunfar la fé. Eso he dispuesto que hagais en lo sucesivo para que renunciéis á los vicios que os consumen; mañana mismo partireis á luchar contra los moros siguiendo el ejemplo de nuestro noble Rey D. Jaime.

Quiso Pedro replicar, pero Arnaldo, severo más que nunca, replicó la orden y le mandó alejarse.

En vez de retirarse á su habitación, Pedro que á toda costa quería continuar entregado á los vicios que le seducían, buscó á varios amigos tan extraviados como él y poniéndose todos de acuerdo resolvieron alejarse del seno de sus familias, albergarse en los Pirineos, convertirse en bandidos y robar á cuantos viajeros pasasen por allí, para entregarse con el botín á sus desordenados placeres.

Al día siguiente se habló en toda Cataluña de la desaparición de los jóvenes, no volviéndose á saber de ellos en mucho tiempo porque perseguidos por la justicia no tuvieron más remedio que retirarse á los montes, donde tomaron la infame profesión de bandoleros capitaneados por Pedro.

El sentimiento que causó al pobre Arnaldo la desaparición de aquel hijo, que así manchaba los preclaros timbres de su familia con el más denigrante de todos los vicios, el de ladrón en despojado, le hizo abandonar su castillo y retirarse al reino de Valencia que acababa de conquistar el Rey D. Jaime, el cual, compadecido de su fiel servidor le conservó á su lado y empleó en su servicio.

Su pobre esposa, no pudiendo resistir tal dolor, sucumbió en medio de la mayor tristeza. La conducta de Pedro había dado su fruto.

II.

El Rey D. Jaime, á quien la historia llama «el Conquistador» necesitaba tratar negocios importantes para su corona y la de Francia con el rey su vecino, y los dos concertaron una entrevista en Montpellier.

Pero en todo Aragon y Cataluña no se hablaba más que de los estragos que

causaban y de las tropelías que cometían unos bandidos que aprovechándose de los atajos, senderos y sinuosidades de los montes Pirineos, robaban y asesinaban á mansalva á los viajeros, hasta tal punto que nadie se atrevía á pasar por allí.

Para poder transitar por aquellos parajes sin peligros, mandó D. Jaime á Arnaldo, cuyo valor era proverbial en su Corte, para que despejase el camino y persiguiese á los malhechores.

Tan bizarro como diestro preparó una emboscada á los bandidos.

Mandó á decir que pasaria por allí la comitiva régia, y los salteadores se gozaron ante la idea del espléndido botín que les esperaba.

Para apoderarse de ellos con más seguridad, ocultándose en un bosque con algunos soldados, hizo que adelantasen las acémilas cargadas con dinero y pedrerías.

Los ladrones, que acechaban, cayeron sobre tan preciosos objetos, y ébrios de gozo comenzaron á apoderarse de aquellas riquezas cuando Arnaldo y los suyos cayeron á su vez sobre ellos trabándose una encarnizada lucha.

En medio del fragor de la lid Arnaldo no conoció el adversario con quien luchaba.

El combate de los dos duró mucho.

En la defensa y en el ataque eran iguales.

Pero al fin y al cabo cayeron los dos heridos á un mismo tiempo.

Entonces y solo entonces fué cuando pudieron reconocerse.

—¡Padre mio, perdon! exclamó Pedro.

Y al ver que había herido á su padre sintió más el dolor de su alma que el de su herida.

—¡Tú .. tú hijo mio, me has herido! exclamó el infeliz anciano; ¡no ha podido darte el cielo mayor castigo!

III.

Fué tal el arrepentimiento de Pedro, tantas las lágrimas que derramó después del atentado que acababa de cometer; se presentaron ante su vista con tal fuerza los horrores de la conducta que hasta entonces había obser-

vado, que cayendo á los pies del autor de sus dias imploró su perdon con verdadera fé y mostró el mayor arrepentimiento de sus culpas.

Arnaldo era padre y no podia menos de enternecerse al escuchar las protestas del hijo de su corazon.

Pero deseando convencerse de la sinceridad de sus palabras, aplazando la reconciliacion hasta persuadirse de que la resolucion de su hijo no era causada por la impresion dolorosa que habia recibido, sino por la conviccion más profunda, se lo llevó en su compañía, viendo con júbilo al cabo de algun tiempo que su conversion era completa.

Cundió la nueva de este suceso por todo Aragon y Cataluña, y como Arnaldo era objeto de las mejores simpatías fué inmenso el gozo de todos al saber la contriccion de Pedro.

La impresion que habia recibido el jóven no podía ser más fuerte. ¡Esgmir el acero contra el autor de sus dias! ¡herir al hombre que le habia dado el ser! El velo que las malas pasiones habian tejido para separar la luz de sus ojos desapareció ante aquel dolor, y pudo Pedro ver el tiempo que hasta entonces habia perdido, lo terrible de los crímenes que habia llevado á cabo, y la apacible felicidad que podia disfrutar reclinándose en los maternales brazos de la virtud.

Pero cayó en una profunda melancolia, hija más que de otra cosa del sentimiento de tener que arrojarle á los piés de un ministro de Dios y confesarle los delitos que habia cometido.

Pero al fin y al cabo logró vencer este rubor, últimos restos de su vanidad, y encaminándose al convento de la Merced de la ciudad de Barcelona, desahogó su conciencia confesando sus culpas.

Allí resolvió hacerse religioso de la Merced, y fueron tantas las muestras de su vehemente deseo, tantas las súplicas que dirigió para que le admitieran en su seno los religiosos, que al fin y al cabo le acogieron con la mayor satisfaccion.

El cambio fué completo. Poco despues recibió las sagradas órdenes, y fué comisionado para redimir cautivos á lasprovincias de España, en donde dominaban todavia los árabes.

Pero esto no bastaba á su celo, á sus deseos de servir á Dios.

Conocia que sus pecados habian sido grandes: que grandes tenian que ser los méritos para redimirlos.

Su más vivo anhelo era pasar al África.

Tal vez adivinaba el portentoso milagro que allí debia operar en su favor el Dios de los altares.

Pasaron algunos años, y realizando su deseo llegó á Bugia acompañado de un esclarecido varon, Fr. Guillermo Florentino, y ambos redimieron ciento diez cautivos sin ninguna dificultad.

Iban á darse á la vela para la madre pátria, cuando supieron que se encontraban en poder de los agarenos diez y ocho niños, los cuales halagados por los sectarios de Mahoma estaban á punto de renegar la fé de Jesucristo.

¿Cómo podia consentirlo Pedro?

Resuelto á sucumbir si era preciso antes que consentir aquella infamia, pidió y obtuvo una entrevista con el califa.

—Yo vengo á rescatar á esas inocentes criaturas, le dijo; déjalas ir en libertad con mi compañero Fr. Guillermo, y yo quedaré en rehenes hasta que él vuelva con la cantidad que me exiges por su rescate.

—¿Y si me engañas y no vuelve? preguntó el califa.

—En ese caso eres dueño de mi persona condenándome á las penas que te parezca.

Obtuvo Pedro lo que deseaba; Guillermo partió con los cautivos y Armengol quedó en poder del califa, aprovechando el tiempo en convertir con su predicacion á muchos de ellos á la religion cristiana.

Transcurrió el tiempo, y al fin llegó el dia señalado para la vuelta de Fr. Guillermo con la cantidad que importaba el rescate.

Todos esperaban con la mayor ansiedad el término de aquella tregua.

El califa y sus parciales para tener un motivo de castigar á Pedro sino entregaba la cantidad, porque le odiaban al ver los triunfos que habia conseguido entre sus mismos hermanos: los que admiraban sus virtudes, los que seducidos por la magia de su voz sentian hácia él un vivo afecto, aguardaban tambien con ansiedad la llegada de Fr. Guillermo, porque querian verle libre aunque sintieran su partida.

Fr. Guillermo no llegó en el momento oportuno, y el califa dispuso que Pedro fuese encerrado en un oscuro calabozo y condenado á no tomar ninguna clase de alimento.

Pero cuando pasaban dias y dias y llegaban á su prision á verle para ver si habia perecido extenuado por los efectos que debia haber producido en él el hambre, ~~le hallaban sano y salvo~~

porque los Ángeles descendian hasta la antigua mazmorra en donde estaba el siervo del Señor, y le ofrecian el alimento necesario.

IV.

La evangélica resignacion del jóven misionero, la fortaleza con que sufría los padecimientos, indignaron al califa, que mal aconsejado por los suyos y desentendiéndose de los ruegos de los que le estimaban, decretó que fuese ahorcado.

Cuando Pedro supo esta resolucion, en vez de inmutarse como esperaban sus enemigos, sintió que sus fuerzas se aumentaban, y dió gracias al cielo porque le proporcionaban una ocasion de poner en evidencia una vez más su fé y el arrepentimiento de que se hallaba poseido por los extravios de su juventud.

La sentencia se ejecutó con la mayor crueldad.

Puesta la horca en una de las plazas públicas, llegó el Santo con gran acompañamiento.

La muchedumbre ocupaba todos los alrededores del suplicio, y entregado Pedro en manos del verdugo, aplicó este á su cuello el áspero cordel, y lanzándole al espacio consumó el crimen que le habian mandado ejecutar.

Con el objeto de que sirviera de escarmiento aquel castigo, dispuso el califa que nadie bajase al religioso de la horca, y en ella permaneció ocho dias, al cabo de los cuales, y cuando ya nadie lo esperaba llegó precisamente Fr. Guillermo con la cantidad estipulada por el rescate de Pedro.

Apenas desembarcó, supo el fatal suceso, y quedó transido de dolor. En compañía de algunos cautivos dirigióse en seguida al sitio en donde aun estaba pendiente el cuerpo del Santo. Pero ¡cuál no seria su asombro y el de todos los circunstantes al ver que aquello que creian un cadáver despedía en torno suyo una fragancia celestial! Aproximáronse á él y el asombro creció hasta convertirse en pasmo y estupor: el ahorcado hablaba.

—Guillermo, hermano mio, decía, dad como yo gracias á Dios: aun vivo.

—¿Es posible?

—Sí, hermano; la Virgen María, madre de Dios y nuestra, pidió á su santísimo Hijo la conservacion de mi vida y, conseguido este favor, la misma soberana Reina me ha sostenido con sus santísimas manos para que con el peso del cuerpo no me ahogase este cordel del que me hallo suspenso.

Pidió á Guillermo que le bajase del suplicio y así lo hizo este con gran admiración de los que asistían á aquel extraordinario espectáculo y de muchos que habían sido los verdugos, y que asombrados de aquel inmenso prodigio se convirtieron á nuestra santa religión.

Partieron los dos amigos inmediatamente hácia su patria; pero antes que ellos había corrido la noticia del suceso por toda Cataluña, y cuando entraron en Barcelona salieron á recibirles con vítores y aplausos, y les acompañaron desde la puerta hasta su convento, donde el Santo refirió á todos el milagro, del cual le quedaba como señal el cuello algo torcido; y en él las señales de la homicida cuerda.

Objeto á cada instante de las mayores ovaciones; buscado por todo el mundo que quería ver en él las muestras de la bondad divina, y no pudiendo su humildad resistir los honores y los aplausos que le tributaban, se retiró á Nuestra Señora de los Prados, convento perteneciente al obispado de Tarragona, donde pasó el resto de su vida que fueron diez y ocho años, entregado á las prácticas más austeras de la religión.

—Creedme, hermanos míos, decía á todos los que le preguntaban, no juzgo haber vivido día alguno sino aquellos pocos, pero felicísimos en que pendiente del madero me creían difunto.

Atacado por una fuerte enfermedad conoció que se acercaba su última hora, la cual predijo con espíritu profético, y espiró pronunciando un versículo de David, en Abril de 1234.

La Iglesia le canonizó despues y hoy es venerado en los altares con el nombre de San Pedro de Armengol.

Sus reliquias se conservan en la parroquia de la Guardia de los Prados arzobispado de Tarragona donde el Señor ha obrado por ellas grandes prodigios.

R de T.

(Revista Católica.)

RECAREDO

Leovigildo monarca español, contaminado con la herejía de Arrio, mandó matar de un hachazo á su hijo S. Hermenegildo, que firme en la pureza de la fé, no había querido transigir con las malas doctrinas de su padre. Recaredo, hermano de este, viendo los funestos efectos que había producido la herejía protegida por su padre, abrió los ojos á la verdad, estableció en España la unidad católica y echó los cimientos de nuestra verdadera grandeza.

Los hechos más memorables de este gran monarca español son los siguientes:

Se convirtió al Catolicismo, y dió á Espa-

ña unidad religiosa y nacional.

Mandó quemar los libros de los arrianos.

Reformó las costumbres y fué el primero en dar buen ejemplo.

Eligió varones de gran piedad y doctrina para las mitras y dignidades eclesiásticas.

Venció á los condes Fronista y Vildigerino en la rebelión armada que con gran número de arrianos turbaron el sosiego público de España.

Venció á Desiderio, general de Guntrando, rey en la Galia Gótica, en la célebre batalla de Carasona.

Descubrió y castigó la conjuración de Sunna.

Descubrió también y reprimió la de la reina Gosvinda y del obispo Uldida.

Venció al general Boso y á Austrobaldo en la memorable batalla en que 300 españoles vencieron á 60,000 franceses.

Estableció los fundamentos de la Unidad católica en el Concilio III de Toledo.

Concertó paces con Childeberto y Guntrando por medio de embajadores.

Promovió la celebración de varios Concilios.

Arrojó de España todos los restos de la dominación romana y redujo á su obediencia á los navarros.

Fué el primer Rey de España que llevó el glorioso título de Católico.

Sometió á sus ministros al juicio de los obispos.

Mantuvo con la paz las provincias que su padre conquistó con la guerra, y empleaba sus tesoros en las necesidades públicas y particulares.

Excluyó á todos los herejes, no solo de los destinos y empleos públicos, sino también del servicio militar.

Redujo á su obediencia y al Catolicismo á todos los suevos, que se habían pervertido en gran número.

Exterminó la herejía hasta en la Galia Narbonense, que pertenecía á sus dominios.

Dictó disposiciones para precaver los desórdenes ocasionados por la herejía.

Protegió la reforma de la disciplina eclesiástica, relajada por la herejía.

Fué amigo de la justicia, edificó muchos monasterios y templos y restituyó á otros los bienes que su padre les quitó.

Puso en buen orden y estilo las leyes de sus antecesores enmendándolas y quitando lo superfluo, y fué tal en todas sus acciones que con mucha razón se precian los Reyes de España y de toda Europa de proceder de él hasta el Rey D. Felipe III.

Abjuró los errores arrianos en el Concilio III de Toledo.

CARTA DEL PAPA SAN GREGORIO EL GRANDE

DIRIGIDA A

RECAREDO

en elogio de sus obras.

«No es posible, Excelentísimo Hijo que

pueda yo explicar con palabras cuánto me consuelo con tus obras y con tu salud. Porque habiendo entendido lo que por Vuestra Excma. ha sucedido en vuestra edad el nuevo milagro de que toda la nación Goda, dejando los errores de la herejía arriana, se haya reducido á la firmeza de la verdadera fé, exclamo con el Profeta, diciendo: «Esta mudanza es de la diestra del muy alto» porque no habrá corazón tan de piedra, que oyendo esta obra, no se disuelva enternecido en alabanzas de Dios todopoderoso y en amor de V. Excelencia; y así, confieso que muchas veces discurro con mis hijos, no sin maravilla y consuelo, de lo que habeis obrado; lo cual me confunde, viendo que yo, perezoso é inútil, vivo entorpecido en ocio, cuando los reyes están trabajando para grangear almas á la patria celestial. ¿Qué excusa, pues, podré tener en el juicio de aquel Tribunal tremendo, cuando me presente en él solo, y entre V. Excma. acompañado de tantos fieles como ha traído á la gracia de la verdadera fé con la continua y cuidadosa predicación?»

VARIEDADES

El progreso pintado por sí mismo.

Dice un periódico liberal.

«De cada diez crímenes, ó delitos que se cometen, nueve no llegan á noticia de la autoridad judicial;

De cada diez veces que se descubren crímenes ó delitos, las nueve no se descubren al criminal;

De cada diez veces que se descubre al criminal las nueve no pudo ser habido;

De cada diez veces que pudo ser habido, las nueve se le absuelve porque no se logró probar la culpabilidad, ó por otras causas;

De cada diez veces que se le condena, las nueve el condenado se escapa de la cárcel ó del presidio;

De cada diez que no pueden ó no quieren escaparse de la cárcel ó de presidio, las nueve son indultados;

Resumen; que España es un presidio suelto, con mucha libertad de imprenta de cultos, de reunión y asociación, de enseñanza, de café cantante, de taberna, de higiene, de monte, de ruleta, de faca, de puñal de revolver y demás conquistas de la civilización moderna.»

Cuando hasta los periódicos liberales confiesan esto, verdad será.

Frutos láicos

Raro es el día que en Francia no se registra el suicidio de algún niño, y esta espantosa epidemia moral va tomando proporciones cada vez más alarmantes á medida que se multiplican las escuelas láicas, ó sea escuelas sin Dios. Victor Hugo decía respecto á estas escuelas que —«Debian ser condenados á prisión los padres que llevasen á sus hijos á ellas.

¿Qué diría el infeliz poeta si viera el dinero de la Francia empleado en propagar esas escuelas, y á sus gobernantes obligando á los padres á llevar á ellas á sus hijos, so pena de perder el sustento de su familia?

¡Ah liberalismo que frutos das!

Frutos de la religion

En los diez años que lleva de existencia el Asilo de Arrepentidas fundado en Madrid por el P. Simpliciano, religioso de S. Francisco, ha producido los siguientes frutos.

Doscientas setenta y seis mugeres de mala vida salieron de los lupanares y fueron colocadas en honestas casas de servicio.

Ciento sesenta y una han vuelto á sus familias y perseverado constantemente.

Cinco abrazaron el estado de matrimonio.

Treinta han entrado en religion en el Instituto de Santa Margarita fundado por el mismo P. Simpliciano.

Veintiocho volvieron á su mala vida.

Ocho fueron colocadas en varios establecimientos.

Ocho se volvieron á unir con sus legítimos esposos.

Y ocho murieron en el asilo de Santa Margarita de Cortona patrona de esta caritativa institucion.

¡He aqui los frutos de la fé y de la caridad!

FLORES Á MARIA

AMARANTO

INMORTALIDAD

I

Pronto del árbol las frondosas ramas,
sin flores y sin hojas,
no darán al viajero fatigado
la apetecida sombra!

¡Pronto del lago se helarán las aguas,
blanca estará la loma,
y blanca del collado y de la vega
la pintoresca alfombra!

¡Morirá la matéria; de los mundos
se romperán las órbitas,
y flotando al acaso irán sus átomos
por la celeste bóveda!

II

Mas ¡ay! el alma que en mi pecho a-
ni muere ni se agota, (lenta,
por más que de la cárcel que la oprime
los círculos se rompan!

¡Ella verá caer las altas torres
y la marmórea roca;
ella verá apagarse de los astros
la luz deslumbradora!

III

No dejes, Madre mia, que la pobre
desventurada y sola,

cruce por los senderos de esta vida,
tan lúgubre y tan corta.

Cógela de tu mano cuando toque
las puertas de la otra,
que de espanto se ve sobrecogida
como la triste tórtola.

No la dejes perdida en este abismo
de misterios y sombras,
donde solo hay eternas dos palabras:

«El Infierno y la Gloria.»

PASIONARIA

FÉ RELIGIOSA

Castísima Virgen,
vivífica llama,
que el pecho me inflama
de sólida fé.

Pues ella en el páramo
del mundo me guía,
jamás Madre mia
se extinga en mi sér.

Tú, á quien el Altísimo
con gozo inefable
de fé inagotable
tesoros te dió.

Virtud de los ínclitos
y santos varones,
de místicos dones
el más rico don.

Manténla en mi espíritu
con fuerza y denuedo,
que ahogárame el miedo
viviendo sin fé.

Sin ella, en el lúgubre
mundano camino,
sin luz y sin tino,
¿qué fuera mi sér?

¡Sonrisa satánica,
vaiven de la duda,
botín de la ruda,
batalla del mal!

Con ella el intrépido
varon esforzado,
por siempre aclamado,
vencido jamás.

Destello más fúlgido,
más vivo, más fuerte,
conforme la muerte
le quiere extinguir.

Destello que al ánima
conduce á la altura,
delicia, ventura,
contento sin fin.

M. Jorrito.

PARABOLAS DE SALOMON

CAPÍTULO XII.

Mejor es el pobre que se basta á

si mismo, que el presumido hidalgo
necesitado de pan. El justo cuida
aún de las bestias que le sirven; mas
los impíos tienen entrañas crueles
para con todos. El fátuo luego mues-
tra su enojo; mas el que disimula la
injuria es prudente. En la senda de
la justicia está la vida; mas el cami-
no extraviado conduce á la muerte.

CAPÍTULO XIII.

Quien guarda su boca, guarda su
alma; el inconsiderado en el hablar,
sentirá males. Hay quien parece rico
no teniendo nada, y hay quien pare-
ce pobre, teniendo muchas riquezas.
Entre los soberbios siempre hay con-
tiendas. La riqueza improvisada se
menoscabará. El que anda con sabios
será sabio. El amigo de los necios,
se hará semejante á ellos. A los pe-
cadores los persigue el mal; á los jus-
tos se darán bienes en recompensa.
El que escusa la vara de la correc-
cion, quiere mal á su hijo; el que le
ama, le corrige sin dejarle de la ma-
no.

BIBLIOTECA ANTIMASONICA por Leo Taxil Cuadern quinto—¿Hay mugeres en la masonería? un folleto en 4.º 25 céntimos = Barcelona — Libreria de la Inmaculada Bu-n. Suceso 13.

HISTORIA DE LOS CABALLEROS DEL TEMPLO —Han salido á luz los cuadernos 6.º y 7.º de esta interesante obra que publica también en Barcelona en la libreria antes citada.

LAS FLORES DE MAYO Flores de la vida Reina de las flores y el lirio de los vales Estudios filosóficos teológicos sobre el culto de la Santísima Virgen Maria en el mes de Mayo por el Dr. D Niceto Alonso Perujo. 594 páginas 7 pesetas = Libreria de P. Aguilar Caballeros 11—Valencia—

LA ENSEÑANZA CATÓLICA

Revista Católica Semanal.—Direccion y Administracion, Saurin 1, Murcia.

Con el mayor gusto volvemos á recomendar esta sana publicacion que está sosteniendo en la vecina capital las buenas ideas contra los caemigos francos y encubiertos que las combaten.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " " "
Un cuarto id.	2 " " "
Un octavo id.	0'50 " " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de «La Semana Católica», Villanueva, 6, bajo.